

—Sabes la herejía con que ha salido don José Celestino Mutis?—le preguntó el carnicero Juan Pérez a su amigo el zapatero Pedro García.

—No, no he sabido nada, contestó el digno hijo de San Crispín.

—Pues dijo ese hereje en la clase de aritmética que la tierra voltea todos los días—informó Pérez.

—Talvez volteará de noche, y por eso no la sentimos cuando da la vuelta—repuso el zapatero.

—No seas cándido—replicó el carnicero, con el aplomo de la experiencia—. Todas las noches dejo mi carne para cecina en agua-sal, en una artesa; por la mañana la saco, y no se ha derramado ni una gota. Si la tierra volteara, se derramaría la artesa.

El zapatero Pedro García quedó apabullado con este argumento práctico, y ni por un momento dudó de que el sabio Mutis era un animal de rebuznos.

Naturalmente, el asunto no se quedó en comentarios de guardacantón y sahedizo, pues los padres del convento de los dominicanos, bajo cuya espesa capucha no podía caber la idea de que la tierra se moviese, denunciaron a Mutis ante el comisario de la Inquisición, como «propagador de doctrinas erróneas que faltaban a la pureza de las enseñanzas católicas».

Mutis «se quejó de la queja» ante el virrey y ante el tribunal de la Inquisición, de Cartagena, y el magistrado y la entidad resolvieron que «las